

Capítulo 1

Pude olerle —o, más bien, pude notar el alcohol de su aliento— incluso antes de que abriera la puerta, claro que mi sentido del olfato es bastante bueno, probablemente mejor que el vuestro. La llave tanteó alrededor de la cerradura hasta dar finalmente con el agujero. Se abrió la puerta y allí estaba, tambaleándose levemente, Bernie Little, fundador y copropietario (su ex esposa, Leda, se había quedado con el resto) de Little Detective Agency. Le había visto en peor estado, aunque no muy a menudo.

Bernie logró esbozar una débil sonrisa.

—Hola, Chet.

Levanté la cola y la dejé caer sobre la alfombra, sólo eso, a modo de mensaje.

—Llego un poco tarde, lo siento. ¿Necesitas salir?

¿Y por qué debería necesitar salir? ¿Tal vez porque tenía la vejiga a punto de reventar? Pero luego pensé «pobre tío», y me acerqué y le di un achuchón en la pierna con la cabeza. Él me rascó entre las orejas, clavando bien los dedos, como a mí me gusta. Ah, qué placer. ¿Un poco más hacia la nuca? Encorvé un poco los hombros, para ver si lo pillaba. Ahí, muy bien. Estupendo.

Salimos a la calle, yo y Bernie. Justo enfrente había tres árboles, y mi favorito era uno grande y que daba mucha sombra, ideal para tumbarse debajo a echar la siesta. Levanté la

pata hacia el tronco. Uf, no me había dado cuenta de lo cerca que me encontraba de la desesperación. La noche se llenó con el rumor de las salpicaduras y me despisté un poco escuchándolo. Logré detener el flujo —no es fácil— y me reservé un poco para salpicar la roca que hay al final del sendero y la verja de madera que separa nuestra finca de la del viejo Heydrich, el vecino, más un chorrito o dos para soltar entre las tablillas. Sólo estaba haciendo mi trabajo, así que no me pondré a hablar ahora sobre el viejo Heydrich.

Bernie miraba al cielo. Hacía una noche espléndida, con una brisa suave, muchas estrellas, luces que parpadeaban al fondo del cañón y... ¿qué era aquello? Una pelota de tenis nueva en el césped. Me acerqué y la husmeé. No era una de las mías, ni tampoco de nadie que conociera.

—¿Jugamos a tirárnosla?

Le di unos golpecitos con la pata. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Llevaba todo el día encerrado, pero siempre con una oreja alerta; excepto cuando sesteaba, claro.

—Tráemela, Chet.

No me apetecía hacerlo, con aquel olor extraño.

—¡Vamos!

Pero para Bernie nunca tenía un no. Lamí la pelota un par de veces, para hacerla mía, y luego se la acerqué y la dejé a sus pies. Bernie dio un paso atrás y la lanzó hacia la carretera del cañón.

—Vaya, ¿adónde ha ido a parar?

¿Adónde había ido? ¿Realmente no era capaz de verla? No dejaba de sorprenderme lo poco que veía una vez se ponía el sol. Salí disparado tras la pelota, dando brincos en medio de la calle, a plena vista, moví las patas traseras hacia delante, salí disparado y salté por los aires para atraparla en pleno vuelo, como a mí me gusta; luego giré sobre mis patas en un rápido movimiento y salí a toda velocidad, con la cabeza baja y las orejas aplastadas por la fuerza del viento que yo mismo provocaba y, con un frenazo en seco, la dejé a los pies de Bernie. Si sabéis de algo más divertido, contádmelo.

—¿La has cogido al primer salto? Desde aquí no lo he visto.

Moví la cola con un movimiento rápido, un uno-dos que significa que sí, no con esas sacudidas descontroladas que pueden tener muchos significados, algunos de los cuales ni yo mismo entiendo.

—Bien. —Recogió la bola y cuando retrocedía de nuevo para tomar impulso, un coche se acercó lentamente calle abajo y se detuvo frente a nosotros.

El cristal de la ventanilla bajó y se asomó una mujer:

—¿Es aquí el número trece-tres-cero-nueve?

Bernie asintió con la cabeza.

—Busco a Bernie Little, el detective.

—Pues ya lo ha encontrado.

La mujer abrió la puerta, hizo ademán de salir y entonces me vio.

—¿Es de fiar ese perro?

Bernie se puso tenso. Lo noté, estaba justo a mi lado.

—Depende de lo que entienda por fiar.

—Ya sabe, me refiero a si muerde. No me inspiran mucha confianza los perros.

—No la morderá.

Claro que no. Pero esa idea rondaba por mi cabeza. Lo notaba por la cantidad de saliva que de pronto se me acumuló en la boca.

—Gracias. Con los perros nunca se sabe.

Bernie masculló algo entre dientes, demasiado bajo incluso para que yo lo oyera, pero supe que me gustaba, fuera lo que fuera.

Del coche salió una mujer alta con el pelo largo y claro que olía a flores y limón, con un rastro de otro olor que me recordó algo que sólo a veces sucede con las hembras de mi especie. ¿Cómo debía de ser estar siempre con esa disposición? Probablemente te volvía loco. Miré a Bernie, que observaba cómo la mujer se arreglaba el pelo. Ay, Bernie.

—No sé por dónde empezar. Jamás me había ocurrido algo así.

—¿Algo como qué?

Se frotó las manos. Las manos son lo más raro de los humanos, y lo mejor es que observándolas puedes averiguar casi todo lo que necesitas saber de ellos.

—Vivo en El Presidente —dijo ella, señalando un lugar indefinido con una mano.

El Presidente. ¿No era ese lugar en el que todavía estaban instalando las alcantarillas? Soy muy malo con los nombres de las calles, excepto la nuestra, Mesquite Road... Aunque, ¿de qué me serviría? No me hace ninguna falta para orientarme.

—Me llamo Cynthia Chambliss. Trabajo con una mujer a la que usted ayudó.

—¿Quién?

—Angela DiPesto.

¡Dios mío! Recordé de pronto aquellas noches interminables, estacionados frente a moteles de todo el Estado. Odiábamos los casos de divorcio, tanto Bernie como yo, y en los viejos tiempos no aceptábamos ni uno. Pero ahora teníamos problemas de liquidez, como decía Bernie. La verdad es que yo no sabía exactamente lo que significaban los «problemas de liquidez», pero fueran lo que fuesen eran capaces de despertar a Bernie en medio de la noche, de hacer que se levantara y se pusiera a pasear arriba y abajo, a veces incluso que encendiera un cigarrillo, pese a sus esfuerzos por dejarlo.

Bernie no soltó nada de Angela DiPesto, simplemente hizo uno de sus sutiles gestos de afirmación. Bernie era muy bueno con este gesto. Que yo recordara, tenía al menos cuatro versiones distintas, todas muy claras si sabías qué buscar. Este de ahora en particular significaba: «Strike uno».

—El hecho es que Angie me ha hablado muy bien de usted, de cómo le marcó un buen tanto al asqueroso de su marido.

—Se sacudió un poco, algo que yo hago mucho mejor—. Así, al ocurrir esto, y como usted está en la misma zona y tal... en fin, que aquí estoy. —Se balanceaba ligeramente hacia delante y hacia atrás, como lo hacen los humanos cuando están nerviosos.

—¿Al ocurrir qué...?

—Lo de Madison. Ha desaparecido.

—¿Madison es su hija?

—¿No se lo he dicho? Perdón. Estoy tan alterada que no sé lo que...

Le brillaron los ojos. Eso era siempre bastante interesante, me refiero a lo de llorar; no el sonido —eso lo podía entender—, sino las lágrimas, como Bernie las llamaba, en especial cuando salían de los ojos de Leda. Los humanos se alteran y entonces les sale agua de los ojos, en especial a las mujeres. ¿De qué iba todo esto? Bernie bajó la vista, arrastró los pies; tampoco dominaba la situación, aunque una vez también vi brotar agua de sus ojos, en concreto el día en que Leda empaquetó todas las cosas de Charlie. Charlie era su hijo —el de Bernie y Leda— y ahora vivía con ella, excepto los días de visita. Lo echábamos de menos, yo y Bernie.

Esta mujer... ¿Cynthia? ¿Chambliss?, como se llamara... La verdad es que me cuesta captar los nombres a la primera; a veces también se me escapan otras cosas, a menos que tenga una visión realmente buena de la cara del que habla. En fin, que esa mujer sacó un pañuelo de un bolsito que llevaba y se secó los ojos.

—Lo siento.

—No tiene por qué disculparse. ¿Cuánto tiempo lleva Madison desaparecida?

La mujer iba a responder, pero justo en aquel momento oí algo que crujía entre los arbustos, al fondo del sendero. Lo siguiente fue que me metí debajo de los arbustos, husmeando, tal vez hasta escarbando, pero sólo lo mínimo indispensable. En el aire flotaba algún olor concreto, a rana, a sapo o a... ay, ay... a serpiente. Las serpientes no me gustan, no me gustan nada...

—¿Chet? No estarás escarbando, ¿verdad?

Salí de los arbustos marcha atrás y troté hasta Bernie. Uf, llevaba el rabo entre las piernas, con el gesto inequívoco de los culpables. Lo levanté de golpe, bien alto, fingiendo inocencia.

—Buen chico. —Me dio unas palmaditas en la cabeza.
Pam, pam. Ah.

La mujer, mientras, daba golpecitos rítmicamente con un pie en el suelo.

—¿O sea que no piensa ayudarme?

Bernie respiró hondo. Tenía los ojos cansados. El efecto de la bebida empezaba a desaparecer y pronto se sentiría soñoliento. Yo mismo me sentía también bastante soñoliento. También me apetecía llevarme algo a la boca. ¿Quedaría alguna de aquellas tiras de cuero en el cajón de arriba, junto al fregadero de la cocina, aquellas con sabor sureño...?

—No es exactamente eso lo que le he dicho. Hoy su hija no ha regresado del colegio; eso significa que está ausente desde hace ¿cuánto? ¿No llega a ocho horas? La policía no abre un caso de persona desaparecida hasta que ha transcurrido un día entero.

El concepto ocho horas me costaba un poco, pero sabía perfectamente lo que era un día entero, desde cuando sale el sol por encima de las colinas de detrás del garaje hasta cuando se pone por detrás de las colinas, al otro lado.

—Pero usted no es la policía.

—Cierto, y no siempre estamos de acuerdo. Pero en eso sí que lo estamos. ¿Dice que Madison está en el primer año de instituto? Así que ella tiene... ¿dieciséis?

—Quince. Está en el programa de superdotados.

—Sé por experiencia que los quinceañeros se olvidan a veces de llamar a casa, en especial cuando hacen algo emocionante. Como ir al cine, salir por ahí o celebrar alguna que otra fiesta.

—Es una noche entre semana.

—Incluso entre semana.

—Ya se lo he dicho: es superdotada.

—También lo era Billie Holiday.

—¿Perdone? —La mujer tenía una expresión confusa; la cara de confusión humana es casi siempre tan fea como la de enfado. Yo tampoco había entendido lo de Billie Holiday,

pero al menos sabía quién era: aquella cantante que Bernie escuchaba, sobre todo cuando caía en uno de sus estados melancólicos.

Pero aunque nadie hubiera entendido de qué hablaba, Bernie parecía encantado, como si hubiera marcado un gol. Lo supe por la ligera sonrisa que durante un instante se dibujó en su cara.

—Le propongo una cosa. Si no tiene noticias de ella mañana por la mañana, vuélvame a llamar —le dijo, mientras le ofrecía nuestra tarjeta.

La mujer miró la tarjeta con cara de pocos amigos, sin siquiera tocarla.

—¿Por la mañana? Mire, el setenta y seis por ciento de las desapariciones se resuelven durante las primeras doce horas, o ya nunca más... —los ojos se le volvieron a humedecer, y su voz sonó como si se le hubiera atragantado algo— se resuelven.

—¿Dónde lo ha oído?

—No lo he oído. Lo he encontrado en Internet antes de venir a verle. Lo que usted parece no entender es que Madison no ha hecho nunca una cosa así, ni la haría jamás. Y si usted no quiere ayudarme, tal vez pueda recomendarme a alguien que esté dispuesto a hacerlo.

¿Recomendar otra agencia? ¿Había sucedido esto alguna vez? No fui capaz de descifrar la expresión en el rostro de Bernie.

—Si es el dinero lo que le preocupa, estoy dispuesta a pagar los honorarios que usted cobra, más una prima considerable en el momento en que la encuentre. —Hurgó en su bolso, sacó un fajo, cogió unos cuantos billetes—. ¿Qué le parece un anticipo de quinientos?

La mirada de Bernie se fijó en el dinero y allí se detuvo, con una expresión que cualquiera, desde cualquier distancia, entendería, con la mente centrada en la liquidez.

—Primero me gustaría echar un vistazo a su habitación.

Cuando Bernie cedía, lo hacía rápidamente y de manera repentina. Se lo había visto hacer mil veces con Leda.

Cynthia le entregó el dinero.

—Sígame.

Bernie se metió los billetes en el bolsillo. Corrí hacia nuestro coche —un viejo Porsche descapotable, con la carrocería pulida, que desde hace mucho tiempo necesitaba una mano de pintura— y me metí de un salto en mi sillón de copiloto.

—Eh, ¿ha visto lo que acaba de hacer su perro?

Bernie asintió, con su gesto de afirmación orgulloso y confiado, mi preferido:

—Por algo lo llaman Chet el Jet.

Bueno, de hecho, es Bernie quien me llama así, aunque no muy a menudo.

Desde el cañón llegó el alarido de un coyote, no muy lejos, por detrás de casa. Tendría que dejarlo para más adelante. Ya no me sentía en absoluto cansado. Y Bernie, mientras ponía en marcha el coche, parecía estar igual que yo: con ganas de ponerse manos a la obra. El trabajo nos sentaba bien, a mí y a Bernie.

Capítulo 2

Una cosa que tienen los humanos: les gusta colocarse. En nuestro trabajo es algo que aparece una y otra vez. Le dan a la bebida, se fuman esto y aquello, ingieren pastillas y hasta se clavan agujas en el cuerpo: las hemos visto de todos los colores. Pero el hecho de colocarse en sí era algo que yo no entendía, algo que durante mucho tiempo me confundía. ¿De qué iba todo aquello? Hasta que un día lo vi claro. ¿Qué era lo que a mí me gustaba hacer por encima de casi cualquier otra cosa en el mundo? Viajar en el Porsche a toda velocidad, más y más lejos. Sentado bien recto, con el rostro desfigurado por el viento y el paisaje y los olores —en especial, los olores— pasando tan rápido que no era capaz de captarlos todos. La velocidad, la prisa, el frenesí: yo ya sabía lo que era estar colocado, lo había estado muchas veces.

Como ahora, por ejemplo, mientras seguíamos calle abajo a Cynthia Chambliss, madre de la presunta desaparecida Madison. Veía las cosas pasar zumbando: un hombre que sacaba la basura —¿era mañana el día que pasaba el camión de la basura? ¡Sí! El día de la basura me encantaba—; mi colega, Iggy, bebiendo de su cuenco justo a la entrada de su casa, que se volvía, un poco tarde, a mirar el Porsche, sin verme... típico de Iggy; y luego...

—Chet, ¿por qué ladras ahora?

¿Había ladrado? Uy. Debió de haber sido por Iggy. Y, de

pronto, un conejo, muy quieto en el jardín de alguien, con aquella cola blanca, muy blanca bajo la luz de la luna. Se me erizó el pelo del lomo.

—Chet, ¡échate!

Bajé la cabeza. Pero es que en mi época había cazado conejos, y si queréis os lo cuento. Y una vez... oh, sí, atraparlos es posible.

—¿Qué pasa contigo ahora?

Nada, no me pasaba nada: que estaba colocado, sólo eso. Volví a meter la lengua dentro de la boca. La tenía totalmente seca por el viento, parecía uno de aquellos trapos que a veces recojo del suelo del lavadero. Me encanta esconder esos trapos fuera, en el jardín, al lado de la roca grande, pero esconder trapos no resulta nunca fácil. Las tiras de cuero, eso es totalmente distinto, fáciles de esconder y... Uf. En ese momento me vino el vago recuerdo de haber escondido una que todavía no había desenterrado, cerca del naranjo, junto a la verja del viejo Heydrich. ¡A lo mejor seguía allí! Mientras miraba a la luna y hacía mis planes, nos metimos por un sendero particular y paramos el motor detrás del coche de Cynthia Chambliss.

Bajé de un salto. El pavimento estaba todavía tibio por el calor del día. Olí a agua de piscina cerca de allí. Seguimos a Cynthia hasta la puerta principal de una casa muy parecida a la nuestra y a la mayoría de las casas del Valle, pero más grande.

Cynthia se volvió hacia Bernie:

—¿Va a entrar con el perro?

—¿Por qué no?

La piel de la frente, entre los ojos, se le arrugó. Eso no presagiaba nada bueno.

—No ha entrado nunca ningún perro.

Bernie levantó la vista hacia la casa:

—Nunca es tarde.

La expresión arrugada se acentuó:

—¿Perdone?

Bernie sonrió. Tenía muchas sonrisas distintas. Ésta en concreto yo la interpretaba como una manera de, simplemente,

enseñar los dientes. Yo hice lo mismo. Bernie tenía los dientes bonitos, para ser un humano, pero sólo seré fiel a la verdad si digo que no eran nada comparados con los míos.

—Es muy probable que lo necesitemos, señora Chambliss. Los niños desaparecidos son la especialidad de Chet.

Ella me miró:

—Parece demasiado agresivo para estar con niños.

Lo indicado ahora por mi parte hubiera sido cerrar el morro; lo sabía, pero, por algún motivo, no se me cerró, tal vez se me abrió todavía más, y además empecé a jadear un poco, cada vez más cargado.

—No es nunca agresivo, a menos que sea necesario. —Bernie me dio unas palmaditas amistosas en la cabeza, *pam, pam*, y yo me tranquilicé—. Al fin y al cabo, Chet está entrenado como perro policía.

—Ah, ¿sí?

—El primero de su promoción en la Academia de Perros Policía.

Era una pequeña exageración, puesto que en realidad no llegué a graduarme nunca, motivo por el cual Bernie y yo acabamos juntos... Pero es una larga historia que ya os contaré más adelante si tengo ocasión.

—En este caso... —Cynthia abrió la puerta.

Entramos.

Mierda de pájaro. La detecté de buenas a primeras, agria y tan desagradable como los propios pájaros. Si yo fuera capaz de planear por el cielo azul, ¿sería un ser desagradable? Desde luego que no.

Seguimos a Cynthia por una sala amplia con el suelo de azulejos, fresco y agradable, y luego por un pasillo hasta una puerta cerrada. De camino me encontré una patata frita, ahí tirada, a la vista de todos, junto a la pared, y me la metí en la boca sin vacilar; era de las onduladas, mis preferidas.

En la puerta había un letrero colgado con el dibujo de un rayo. Bernie leyó en voz alta: «Alta tensión. No pasar».

—Es el peculiar sentido del humor de Madison —dijo Cyn-

thia. Abrió la puerta, entramos y ahí estaba el pájaro, posado en una jaula colgada del techo.

—Cheet. —Bernie pronunció la versión larga de mi nombre, que utiliza cuando teme que vaya a pasar algo. Y seguro que era por mi agilidad para saltar —había sido el mejor saltador de la Academia de Perros Policía, y eso me metió en un montón de líos que no soy capaz de recordar con exactitud, aunque sé que hubo sangre de por medio—, así que, ¿cómo podía dejar de plantearme ahora ciertas posibilidades? Estábamos trabajando. Unas palmaditas. *Pam, pam*. Buen chico.

El pájaro —verde, con patas amarillas escamosas y un extraño peinado puntiagudo en la cabeza— soltó un horrible graznido.

—¿Lo ha oído? —dijo Cynthia.

—¿El qué?

—Ha dicho *Madison es la bomba*. Ella se lo enseñó. Y sabe decir más cosas.

¡Guau! ¿Estaba diciendo Cynthia que el loro —ese presidiario con los ojos como cuentas de collar— sabía hablar?

—Se llama Capitán Crunch.

Capitán Crunch meneó la cabeza con un desagradable movimiento como de lagarto y volvió a emitir aquel horrible graznido. Acababa en un chillido agudo que me hacía daño en los oídos. Miré a Bernie de reajo y supe que ni siquiera lo había percibido. Bernie no se entera de algunas cosas, es cierto, pero es un tipo digno de admiración: no se deja vencer nunca por sus limitaciones.

—¿Qué más sabe decir?

Oh, Bernie, por favor.

Cynthia se acercó a la jaula:

—*Come on, baby*.

—*Cuac, cuac, cuac*.

—¿Lo ha oído?

—¿¡Qué!?

—Cuando yo le digo *Come on, baby*, él responde *light my fire*.

Ya, sí, claro.

Pero el rostro de Bernie tenía una de esas expresiones impasibles y de mirada concentrada que significan que algo le interesa.

—¿Qué más?

Cynthia dio unos golpecitos a la jaula. Tenía las uñas largas y brillantes.

—Capitán Crunch, ¿quieres una copa?

—*Cuac, cuac.*

—¿Que sea doble? —adivinó Bernie.

—Exacto —dijo Cynthia.

—Impresionante.

¿Eso le parecía impresionante? ¿Un pajarraco que se supone que dice *Madison es la bomba, light my fire y que sea doble?* ¿Qué tiene eso de impresionante? ¿Me estaba perdiendo algo? Bernie se volvió hacia mí:

—Chet, ¿por qué gruñes ahora?

No estaba gruñendo. Pero, de todos modos, me alejé sigilosamente y me senté junto al televisor, que estaba encima de una mesita. En aquel momento percibí un olor que me recordaba mi época en la Academia de Perros Policía. Allí, bajo la mesa, encontré el origen: una bolsita de marihuana.

Bernie me lanzó una mirada rápida:

—Por Dios, Chet, deja ya de ladrar. —Se volvió hacia Cynthia—. ¿Habla mucho Madison con el loro?

—Constantemente. Lo tiene de toda la vida. En realidad, para ella es como si fuera una persona.

Bernie dio unos golpecitos a la jaula. Tenía las uñas cortas, tan mordisqueadas que casi no quedaba nada de ellas.

—¿Dónde está Madison? —dijo.

El pájaro guardó silencio. Toda la habitación se quedó en silencio. Bernie y Cynthia miraban al pájaro. Yo miraba a Bernie. A veces me preocupaba. Si teníamos que fiarnos del testimonio de Capitán Crunch para resolver el caso, estábamos perdidos.

—¡Qué buena idea! —exclamó Cynthia. Levantó la vista

hacia Capitán Crunch— ¿Dónde está Madison? —Cuando el pájaro se quedó en silencio, ella añadió en tono de súplica—: Vamos, baby.

Light my fire, respondió Capitán Crunch. Esta vez hasta yo lo oí.

—Rebobinemos un poco —propuso Bernie—. Me gustaría establecer una cronología.

—¿Qué quiere decir?

Yo también sentía curiosidad. A veces Bernie dice palabras complicadas. Si fuera por él, probablemente se pasaría todo el día con la nariz metida en los libros; pero con todo eso de la pensión, los gastos del niño y su inversión fracasada en aquel nuevo negocio de confección de pantalones con estampados de camisa hawaiana —a él le encantan las camisas hawaianas—, a Bernie no le quedaba más remedio que trabajar.

—Una secuencia de los hechos —aclaró—. ¿Cuándo vio a Madison por última vez?

Cynthia miró el reloj, un reloj grande de oro. Aún llevaba más oro alrededor de las muñecas y el cuello, y también en las orejas. Yo alguna vez había lamido oro, pero no me gustaba mucho; la plata sabía peor.

—Esta mañana, a las ocho cincuenta, cuando la he dejado en el instituto.

—¿Qué colegio?

—El Heavenly Valley.

—No lo conozco.

—Es bastante nuevo, está justo al lado de Puma Wells. Mi ex es promotor inmobiliario allí.

—¿Su ex es el padre de Madison?

—Exacto. Llevamos cinco años divorciados.

—¿Lo ha llamado?

—Claro. Y no la ha visto.

—¿Tiene usted la custodia?

Cynthia asintió con la cabeza.

—Pasa algunos fines de semana con Damon, una Navidad de cada dos, lo típico.

Bernie sacó su libreta y su boli.

—¿Damon Chambliss?

—Keefe. Yo recuperaré mi apellido de soltera.

¿Apellido de soltera? ¿Qué era eso? Esta gente no deja de cambiarse el nombre. No lo entiendo. Yo soy Chet, nada más, ni menos.

—¿Madison utiliza también el apellido Chambliss?

—Sí.

—En el momento del divorcio tenía unos diez años, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo se lo tomó?

Cynthia levantó los hombros y los volvió a bajar: un gesto que se llama encogerse de hombros. A veces significaba qué más da, aunque era complicado saber si era eso en aquel momento.

—Ya sabe lo que se dice.

—¿Qué se dice?

—Que para los niños es mejor un divorcio que un mal matrimonio —dijo Cynthia.

Bernie parpadeó, con un gesto muy sutil, difícil de detectar, pero yo adiviné en qué estaba pensando: en Charlie y en su propio divorcio. Y en cuanto a matrimonio y divorcio, a mí no me miréis. De donde yo vengo, ambos conceptos son del todo desconocidos.

—Pero —siguió Cynthia— no veo qué tiene que ver nada de esto con la desaparición de Madison.

Yo tampoco lo veía, francamente.

—Sólo intento que todo encaje —respondió Bernie. Era una de sus respuestas favoritas; solía funcionar de maravilla en casi todas las situaciones.

—Perdóneme —dijo Cynthia—. No pretendía decirle cómo tiene que hacer su trabajo. Es sólo que... —Los ojos se le habían vuelto a humedecer. En una ocasión, una de las grandes lágrimas de Leda cayó al suelo y yo la probé. Era salada, para mi sorpresa—. Es sólo que... Oh, Dios mío, ¿dónde puede estar?

Bernie miró a su alrededor, vio una caja de pañuelos sobre la mesa y le dio uno.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de que había desaparecido?

—Al ver que no llegaba a casa. Viene del colegio en autobús. Yo siempre estoy en casa, pero por las tardes es cuando estoy más ocupada. Llevo un pequeño negocio desde aquí.

—¿Qué hace?

—Diseño tarjetas electrónicas.

—¿Tarjetas electrónicas?

—Puedo ponerle en mi lista de clientes, si le interesa —dijo Cynthia. Luego sacó otro pañuelo de la caja y se sonó la nariz. Tenía una nariz diminuta, inútil, totalmente distinta de la mía, pero no pude evitar preguntarme: ¿qué sensación debía dar sonársela? De pronto me empezó a picar el hocico. Cynthia y Bernie siguieron hablando un rato del autobús, del hecho de que Madison no hubiera bajado, de las varias llamadas que había hecho al colegio, de los amigos de Madison, del ex marido, pero yo no los escuchaba del todo, atrapado como estaba con todas esas sensaciones extrañas en el hocico.

Y entonces:

—¿Por qué gruñe de esta manera?

—Creo que no gruñe —dijo Bernie—. Más bien retuerce el hocico. ¿Chet? ¿Estás bien?

Qué humillación. Me sacudí de cabo a rabo, que siempre es una buena forma de empezar de cero, y me acerqué un poco a Bernie, alerta, con la cola bien alta.

—Está bien —dijo Bernie.

Cynthia me miraba con curiosidad.

—No había visto nunca un perro como éste.

—¿A qué se refiere?

—A sus orejas. Tiene una negra y una blanca.

¿No sabe todo el mundo que es de mala educación comentar el aspecto de alguien de esa manera? En aquel preciso instante decidí que Cynthia no me caía bien. Con una mirada supe que a Bernie tampoco.

—Necesitaré algunas cosas —dijo, con una voz distante,

casi fría—. Los datos de su ex, de los amigos de Madison, de cualquier persona importante en su vida: entrenadores, profesores, etc. Y también una buena foto de la chica.

—Ahora mismo —dijo, y salió de la habitación.

Bernie se volvió hacia mí y, en voz baja, fue directo al grano:

—¿Has encontrado algo?

Me acerqué a la mesita del televisor y me incliné hacia abajo para señalar. Bernie se arrodilló y pescó la bolsa de marihuana. La sopesó con la mano y la volvió a deslizar debajo de la mesa.

—Buen chico. —*Pam, pam*, y una rascadita entre las orejas. Ah.

Cynthia volvió a entrar y le entregó a Bernie una hoja de papel y una foto enmarcada de una muchacha con una cola de caballo. Los caballos no me interesan especialmente, pero las colas de caballo me gustan.

—¿Tiene novio Madison? —preguntó Bernie.

—No.

Bernie echó una última ojeada por la habitación.

—Entonces, eso debería bastar —concluyó—, excepto que necesito algo con el olor de Madison.

—¿La funda de su almohada?

Bernie se acercó a la cama y sacó una funda que a mí me pareció rosa, aunque según Bernie no soy bueno juzgando colores. La husmé un par de veces y comprendí el olor de Madison: joven hembra humana, con notas de miel, cereza y una especie de flor tostada por el sol que a veces veía en las márgenes de los caminos. Bernie dobló la funda y la guardó en una bolsa de plástico hermética.

—Seguiremos en contacto —dijo—. Pero si se entera de algo, llámeme de inmediato, de día o de noche.

—Gracias, le estoy muy agradecida. —Cynthia nos acompañó por el pasillo hasta la puerta principal—. Angela DiPesto cuenta maravillas de usted.

Bernie se detuvo y se volvió hacia ella.

—Me ha dicho que trabaja con ella.

—Exacto.

—¿Qué tiene que ver ella con las tarjetas electrónicas?

—Me hizo todo el *software*.

—¿Angela DiPesto?

Cynthia asintió con la cabeza y abrió la puerta. Había una chica que subía por el sendero, una chica con cola de caballo y una mochila. La oscuridad de la noche impedía ver su cara, pero por el olor supe de inmediato quién era.

—¿Madison? —exclamó Cynthia. Se tapó la boca con uno de esos gestos que hacen a veces las hembras humanas y que los machos evitan—. ¡Oh, Dios mío! ¿De dónde vienes?

Entre dientes, sin dirigirse a nadie en particular, Bernie respondió:

—Necesito una copa.

Desde el fondo de la casa se oyó la voz chillona de Capitán Crunch:

—¡Que sea doble!